

Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que “lo importante es llegar todos juntos”.

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el V Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura “El Medio Ambiente cuenta”.

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

JUNTA DE EXTREMADURA



M^a del Pilar López Ávila

Es doctora en Veterinaria por la Universidad de Extremadura y actualmente imparte docencia como profesora de Biología y Geología en el I.E.S. "Jálama" de Moraleja.

En 1991 recibió el primer premio del Certamen Extremeño de Cuentos de la campaña Cultura Joven por la obra "Un Trostismoche en apuros".

Ha realizado colaboraciones literarias en talleres de Poesía y Relato (1998, 1999), revistas (Norba Filatélica, 1999; Revista de Cine "V.O." Asociación Rebross, 2002) y publicaciones con motivo de la capitalidad cultural europea de Salamanca ("La maqueta de la fachada del Ayuntamiento de Salamanca", 2002).

LA LEYENDA DEL PÁJARO DE CENIZA

M^a del Pilar López Ávila

Ilustraciones:

Pura Martínez Llarena

M^a del Pilar López Ávila

LA LEYENDA DEL PÁJARO DE CENIZA



Dirección General de Medio Ambiente

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© De esta edición:
JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© María del Pilar López Ávila

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

ISBN:
84-8107-044-0

Depósito Legal:
BA-665 / Noviembre 2002

Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>

Los elanios azules de África observaban desde sus atalayas el aterrizaje de las esbeltas cigüeñas que, como venían haciendo desde tiempos que ni ellas mismas recuerdan, regresaban al final del verano, huyendo del frío del inminente invierno y buscando algo que llevarse al pico.

Cientos de cigüeñas blancas se iban posando en los alrededores de las lagunas y refrescaban sus polvorientos cuellos a la vez que comentaban, alegres por el regreso, las incidencias del que parecía un azaroso viaje.

Los elanios estaban intrigados: “¿Por qué viajan las cigüeñas tan lejos todos los años?” –se preguntaban–. “El lugar al que van ha de ser verdaderamente especial para arriesgarse en un viaje tan largo”. Se reunieron y decidieron enterarse del porqué. Las cigüeñas risueñas, ya refrescadas, les contaron que las tierras de donde venían eran frías en invierno, pero cálidas en primavera y verano.

–¡No hay quien soporte un verano en África! – aseguró una con determinación.

–Allí donde vamos hay abundante alimento para todas – afirmó otra.

–¡Pequeños ríos repletos de ranas! – exclamó una tercera con emoción.

–¡Y puedes anidar donde te dé la gana! – parloteó otra más, creando gran revuelo a su alrededor.

Las cigüeñas les explicaron también que los hombres que habitaban aquellas tierras las querían con locura.

—Nadie nos molesta— dijo una.

—Estamos seguras, nada nos inquieta— añadió otra.

—Asistimos a sus celebraciones: bodas, bautizos, entierros, comuniones...

—...y nuestro crotoreo les agrada, se mezcla con el tañido de las campanas y parece que aumenta su felicidad. Algunos dicen que es un buen augurio escuchar este saludo ritual— concluyó una cigüeña, tras lo cual se dejó oír un intenso alboroto de picos crotoreando.



Los elanios azules, que habían prestado mucha atención, se pusieron a deliberar: “¿Por qué no hemos nosotros de disfrutar también de aquellas hermosas tierras?” —dijeron—. “Aquí somos ya muchos y a veces el alimento escasea. Si colonizáramos otros lugares podríamos criar a nuestros pollos sin hacernos la competencia”. Decidieron entonces, cautelosos como eran, enviar primero una avanzadilla, uno de ellos que viajara con las cigüeñas al terminar el invierno y que fuera a conocer aquellas tierras para comprobar si efectivamente había en ellas buen alimento para los de su especie. “El que vaya, habrá de regresar con las cigüeñas al finalizar el verano y si trae noticias halagüeñas, allá iremos todos, a la aventura de una tierra nueva donde puedan nuestros pollos nacer, comer y crecer”. La esperanza llenó los corazones de los elanios y sus ojos lanzaron destellos rojizos.

Eligieron para esta importante empresa a un jovencito nacido dos primaveras atrás. Un elanio de limpio plumaje, robustas alas y fuertes garras. Un decidido joven que aceptó rápidamente y de buen grado la tarea que se le encomendaba. Con algo de instrucción de vuelo y conocidas las constelaciones de estrellas necesarias para orientarse, llegó a finales del invierno en perfectas condiciones para emprender el viaje. Cuando las cigüeñas empezaron a reunirse inquietas en grandes grupos y a planear con el aire ascendente, el joven elanio azul fue despedido por los de su especie y se unió a ellas en el cielo de África. Pronto pusieron rumbo al norte y cogieron la altura suficiente para volar fuera de las corrientes adversas. No tardaron en llegar a la costa, y tuvieron que esperar unos días hasta que el viento les fue favorable. Entonces dejaron atrás la tierra y se lanzaron al mar abierto. El joven elanio quedó maravillado por la gran extensión de agua que se revolvía bajo sus alas. Parecía no tener fin. Vio las olas que el viento levantaba y el brillo del agua con la puesta de sol. Sus alas se plegaban cuando el aire arreciaba y a veces sintió miedo al pensar en lo lejana que quedaba ya la tierra, pero las cigüeñas le animaban.

—No es más que un estrecho brazo de mar, joven elanio —le decían—. Pronto veremos la costa.

El cruce del estrecho se le hizo eterno y pensaba que iba a desfallecer cuando, allá a lo lejos, divisó la tierra que tanto anhelaba alcanzar. Las cigüeñas viraron hacia el oeste nada más alcanzar la costa.



LA LEYENDA DEL PÁJARO DE CENIZA

Hubo un tiempo ya lejano, en que los hombres formaban parte de mágicas historias que terminaban convirtiéndose en leyendas. Una de ellas ocurrió en un bello lugar, en una época en que los ejércitos de grandes señores cabalgaban hacia la batalla por caminos empedrados, y el sonido de las armas podía escucharse detrás de cada árbol, de cada cerro, por todos los rincones.

Ajenas, sin embargo, a las guerras, habían crecido dos niñas alejadas entre sí, la una de piel blanca y mejillas rosadas, llamada Jara; la otra de piel de aceituna y ojos negros almendrados, de nombre Zara. Sus padres eran enemigos antes de que ellas nacieran, y mientras se enfrentaban día a día, año tras año, en sangrientos combates para reconquistar la tierra el uno y para resistir en sus dominios el otro, las niñas crecieron a la par, protegidas en sus fortalezas. El poco tiempo que sus padres pasaban con ellas intentaban, con poco éxito, inculcarles la pasión por la caza y las artes de la guerra.

–¡Jamás ha querido esta hija mía disparar una sola flecha para abatir un corzo! –gruñía el padre de Jara–. ¡Nunca mostró interés por lanzear un jabalí!

–¡Esta niña no habla más que de pájaros, ratones y flores! –bufaba el padre de Zara–. ¡Ah, si hubiera tenido un varón!

Rodeadas de agreste naturaleza, Zara y Jara vivieron una infancia pacífica y feliz. Paseaban todos los días, tras la clase de bordado o la lección de canto, entre las encinas que rodeaban las fortalezas de sus padres, y se maravillaban de todo aquello que las niñas de sus ojos contemplaban. Respiraban

hondo el aire enfurecido que precede a la tormenta, y trataban de retener entre sus manos el último rayo dorado de la puesta de sol. Cuando sus padres regresaban de batallar, se abrazaban a ellos a pesar de sus heridas o de su aspecto derrotado:

–Padre –le decía Jara–, si algún día terminas esta guerra, has de venir conmigo a ver los pájaros de colores. Hoy llegaron los azulados para hacer sus nidos entre las piedras del castillo y me saludaron con su voz de carraca.

–Volaron sobre mi cabeza –le relataba Zara a su padre– multitud de pájaros de los que anidan en el cauce seco del río y me hicieron reír, mostrándome en sus acrobacias el amarillo y el verde y el castaño de sus plumas. ¡Son tan hermosos!

Visiblemente cansados y contrariados, las enviaban a sus aposentos refunfuñando. Ya en su lecho, Zara miraba la luna y recordaba las historias que algún sirviente le contó acerca de aves de cola larga venidas de Oriente, o de caballos con alas que cruzaban el cielo por la noche. Jara abría la ventana para escuchar el canto del autillo en primavera y se dormía mirando las estrellas.

Los años de la niñez transcurrieron despacio para Zara y Jara, hasta que un día llegó la adolescencia.



El elanio azul voló con las cigüeñas hacia el oeste y luego hacia el norte. En pequeños o grandes grupos, las zancudas se iban separando del bando principal y descendían a la tierra, y aunque el elanio se impacientaba, le insistían:

–Sigue con nosotras, aún no hemos llegado a nuestro destino.

Al fin, las últimas que quedaban comenzaron a perder altura y aterrizaron en un terreno sin árboles. El elanio aterrizó con ellas. Había llegado la hora de despedirse hasta el próximo verano, le informaron, y se alejaron en busca de alimento. Posado en el suelo, sin ningún árbol a la vista, el elanio pensó que no podía ser aquella la tierra por la que había realizado un viaje tan largo. “La mejor manera de comprobarlo es desde el cielo”, pensó.



Elevándose de nuevo, cogió la suficiente altura y se cernió a la manera de los suyos. Miró. Más allá del llano, las verdes copas delataban un paraje arbolado. Retomó el vuelo hacia aquellos árboles y la idea de una tierra hermosa renació bajo sus alas. La extensión de encinas era considerable, la hierba crecía alta en la sombra de las copas, corría un riachuelo nutrido de aguas cla-

ras de la otoñada, merodeaba un ratoncillo despistado entre las ramas de un madroño. Se lo comió. Desplegó las alas y voló de nuevo hacia lo alto, bañando su cuerpo con los rayos de aquel sol caliente, pero no abrasador. Haciendo piruetas de alegría, pasó el día sobrevolando y conociendo aquella tierra en la que esperaba que algún día pudieran vivir los de su especie.

Al atardecer, se posó en la rama de un árbol cercano a un claro y sus ojos se cerraron antes de que el último rayo de sol apagara el horizonte.



Un galope de caballos le despertó al alba. Al instante, gritos y choque de metales, y llamaradas de fuego en el claro. Nada sabía el elanio azul de batallas de guerra y ahora se encontraba en el centro de una de ellas.

Su instinto le hizo alejarse de allí ante el temor que le infundían las escenas que contemplaba. Siguió el curso del río mientras escuchaba el clamor de la lucha tras él y llegó a un meandro, una curva del cauce que el agua hacía tiempo que había abandonado. Un imponente chopo, aún desnudo, se elevaba hacia el cielo. Se posó en una de sus ramas.



Por encima del meandro había un puente cuyo único ojo se reflejaba en el río. Ya no se oían las armas ni los gritos. Se relajó. Tras cazar un topillo, volvió de nuevo a su atalaya y no tardó en escuchar un relincho entre los árboles.

En un hermoso corcel negro azabache, Zara cabalgaba. Galopaba entre las encinas y su oscura melena quería llevársela el viento. Había llegado al puente que constituía el límite de las tierras de su padre y por un instante dudó en seguir su camino, pues le estaba prohibido cruzarlo. Detuvo su caballo y desmontó, caminando un trecho por la margen del río hasta que llegó a la altura del chopo. Fue al sentarse en la orilla cuando vio al elanio azul reflejado en las aguas.

–Nunca antes vi ave semejante – susurró, alzando la vista.

Conocía todos los pájaros que habitaban sus tierras, pero aquel que ahora veía le maravillaba, pues su plumaje grisáceo no se podía comparar con ninguno conocido. Le observó largo rato, muy quieta. El elanio azul, ajeno a la mirada de Zara, se rascaba las plumas blancas de la cabeza cuando a ambos les sobresaltó un nuevo sonido de cabalgadura.

Al otro lado del río apareció Jara. Venía picando espuelas a su yegua torda e intentaba el viento besar sus mejillas. Llegando al puente, tiró de las riendas y al paso daba la media vuelta cuando vio a Zara sentada en la ribera contraria. Bajó del caballo y al acercarse, Zara se llevó el dedo a los labios y le indicó que mirase hacia arriba, a la rama del chopo donde permanecía posado el elanio.

–Ave tan extraña aún no habían visto mis ojos – dijo muy quedo, tratando de no asustarla.

Toda la mañana permanecieron las niñas sentadas al frescor del río, contemplando al elanio azul. Pasado el mediodía, el ave se sacudió, sintió un retortijón en el estómago, y alzó el vuelo confundándose su clara silueta con el cielo. Desapareció en busca de alguna presa.

Jara y Zara se miraron. La una conocía la existencia de la otra, pero nunca se habían visto. Nunca se habían encontrado. Sabían que sus padres eran enemigos, que llevaban toda la vida luchando entre sí, que se odiaban desde siempre y, sin embargo, no fueron ellas capaces de sentir ese odio. Como se había hecho tarde, montaron en sus caballos y antes de marcharse se sonrieron.

–¿Vendrás mañana? –preguntó Zara–. Quizás vuelva el extraño pájaro.

–Mañana vendré –respondió Jara.

Y se alejaron entre las encinas, no logrando el viento arrebatárles su alegría.



El enviado, intrépido elanio azul, investigaba la tierra a la que había llegado con las cigüeñas. Volaba sobre las copas de los árboles y se posaba al borde de los claros donde pastaba el ganado. Contaba los ratones, los topillos, las musarañas que divisaba desde las atalayas y gozaba pensando en la extraordinaria riqueza de una tierra que alimentaría a los suyos cuando vinieran la próxima primavera.

Saludaba a las cigüeñas que pescaban en los riachuelos y trataba de

no invadir el territorio de otras aves que, como él, se alimentaban de pequeños mamíferos. El chopo cercano al puente era un buen lugar para solearse. Iría más tarde, después de haber comido algo más.

No tardaron en llegar al río Jara y Zara que, habiendo dado las excusas respectivas, abandonaron a sus maestros de cítara y rabel antes de lo acostumbrado y cabalgaron con el anhelo de encontrarse de nuevo, y de ver otra vez aquel ave de extraordinaria belleza cuya existencia descubrieran el día anterior. En esta ocasión se sentaron juntas en el pretil del puente y el sol pareció lucir con más fuerza, aprobando su decisión de conocerse y comprenderse.

Hablaron gran parte de la mañana de sus aficiones, muchas de las cuales tenían en común: las aves y las flores, pasear entre los árboles los días de lluvia, admirar la danza de las hojas con la brisa, cabalgar en sus monturas más veloces que el viento. Intercambiaron cuentos y canciones, sueños y esperanzas. Recordaron a los pájaros de colores: el arco iris del abejaruco, el azul metálico de la carraca, el picoteo de cardos del colorín, la enhiesta cresta de la abubilla, las plumas de oro de la oropéndola, su canto aflautado en los chopos de la ribera. Se entristecieron al mencionar a sus padres, siempre enfadados, empeñados en enseñarles a cazar y pescar, enfrascados en estrategias de guerra y reflejando en sus rostros heridos y arrugados la dureza de la batalla.

Compartieron sus vivencias y cuando escuchaban embelesadas los trinos de un invisible ruiseñor, apareció el elanio azul. Cerniéndose en el cielo, desafiando las alturas, avistó a las niñas sentadas en el puente y se posó en su atalaya, cerca de ellas. Las nuevas amigas concluyeron que su airosa silueta recordaba la de los halcones, sin ser uno de ellos. Su plumaje era tan diferente, que no se asemejaba al de ningún otro ave que conocieran. Entre blanco sucio y azulado, parecía un pájaro de ceniza.

El ave observaba a las niñas. Al ver sus risas delicadas y su conversar sosegado, no sentía miedo de ellas. Pasado el mediodía, levantó el vuelo y se alejó. Lo mismo hicieron las niñas, volaron en sus monturas hacia sus castillos, corriendo el viento tras ellas.



Veloz pasó la primavera, al menos eso les pareció a Jara y a Zara, tal vez porque disfrutaban tanto estando juntas que el tiempo se les quedaba corto. Llegó el verano y para entonces, el elanio azul ya las conocía de sobra y compartía con ellas las horas de la mañana, haciendo piruetas para entretenerlas. No traía ya la brisa de la madrugada ecos de batallas, ni el atardecer anunciaba el son metálico de las espadas. Coincidiendo con los calores del verano, se instauró un período de tregua mientras los campos estuvieran agostados y cantase la chicharra. Callaron los tambores que otrora anunciaran el combate, y se replegaron los caballeros a sus dominios para curar sus heridas y limpiar sus armas.

Los padres de Jara y Zara permanecieron en sus fortalezas y ocurrió que, queriendo pasar más tiempo con sus hijas por ver si les prendían en el corazón la llama del odio, recibían a menudo la noticia de que nadie sabía dónde se encontraban cuando por ellas preguntaban.

Fue así cómo comenzaron a indagar acerca de sus idas y venidas, y cómo, informados por alguno de sus más leales sirvientes, descubrieron sus salidas mañaneras, desde las caballerizas, a lomos de sus corceles.

La sospecha no se hizo esperar. En edad de merecer, Jara y Zara estaban viéndose con algún mozo, fue lo que ambos pensaron. A buen seguro con el hijo de algún villano, o labrador, o sirviente. Angustiados por las dimensiones que adquirirían sus pensamientos, una mañana de finales del verano montaron en sus caballos y siguieron a sus hijas con el fin de averiguar con qué mozo tenían amores.



Habiendo llegado al río, Jara y Zara desmontaron y se saludaron con la alegría de un nuevo encuentro, ajenas a los ojos paternos que, tras ellas, acechaban escondidos entre los árboles. Se sentaron en el pretil del puente y esperaron la aparición celeste del pájaro de ceniza.

Agazapados como un predador esperando a su presa, los padres de las niñas las observaban entre sorprendidos y airados:

—¡Es la hija de mi enemigo! — susurraron alarmados.

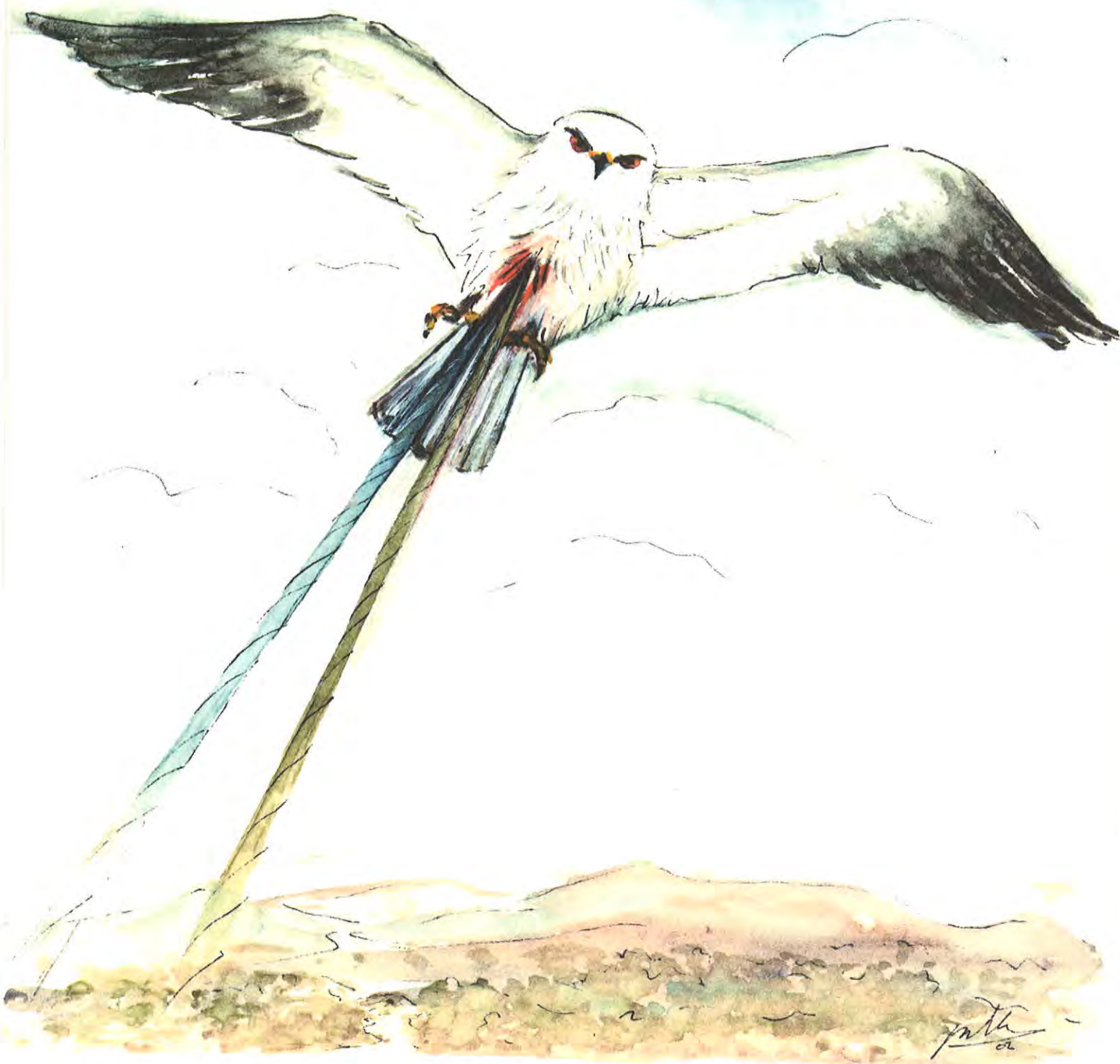
Sólo el viento sabía que lo peor de aquella mañana estaba aún por llegar, pues en una ráfaga que zarandeó las hojas de las encinas, los dos enemigos miraron más allá de sus hijas y se descubrieron a ambos lados del río. Su odio era tan fuerte, que al momento desenvainaron las espadas para enfrentarse. Sólo la súbita aparición en el cielo de la figura del elanio azul les detuvo, y la fascinación ante su magnífica silueta hizo que abandonaran por el momento la idea de luchar. Jara y Zara también le habían visto y le siguieron con la mirada, sin hacer gestos bruscos, hasta que se posó en su atalaya sobre el río.

Maravillados quedaron los caballeros ante aquel ave que se confundiría con el mismo cielo si no fuera por el negro del extremo de sus alas. Tenía su dorso el color de la ceniza y su vuelo era decidido y ágil, como el de las rapaces que utilizaban en el arte de la cetrería.

—Envidiado por mis amigos y hasta por mis adversarios sería, si contara entre mis halcones con un ejemplar tan bello — pensó al instante el padre de Jara.

—En alta estima me tendrían mis allegados y escarnio sería para mis enemigos, si poseyera la más bella de las aves cetreras que nunca antes viera — eran los pensamientos del padre de Zara.

Tan cerca se encontraban los dos rivales, que se avivó el fuego de la ambición que ardía en sus corazones. Las aves del campo enmudecieron, intuendo la tragedia.



Se escuchó en toda la tierra el grito de dos hombres, y ni el viento soplando en contra pudo detener el alocado galope de sus caballos hacia el río. Tensadas las cuerdas de los arcos y dispuestas las flechas a ser disparadas, las riendas sujetas en las sillas dirigían las monturas hacia el árbol donde permanecía posado el elanio azul.

Al no disponer de otras armas, habían decidido atrapar al ave derribándola con una flecha, sin herirla, cuando levantara el vuelo asustada por las voces. Experimentados arqueros, no sería para ellos un problema realizar esta acción tal y como la habían planeado.

Pero el destino se alía con la suerte para desbaratar grandes y pequeñas empresas, y es cuando hacen de las suyas el azar y la sorpresa. Soliviantado el elanio por los gritos, levantó el vuelo y el viento erizó las plumas de su pecho, como señalando una diana. Las flechas abandonaron los arcos, emprendiendo su viaje hacia las alas del ave, pero al encontrarse en el aire cruzaron sus puntas y rozaron sus cuerpos, cambiando la trayectoria y tomando un rumbo distinto al que se les había marcado.

Las dos flechas se clavaron en el pecho del elanio azul con la fuerza brutal que nace del odio, atravesando un corazón que nada sabía de aquel sentimiento.

En la hora cálida del mediodía escapó, fugaz, el último aliento del ave venida de África, inundando de tristeza la tarde.



Una nube tapó el sol y lloró la tierra un rocío prematuro, mientras el cuerpo falto de vida del pájaro de ceniza caía sobre el puente a los pies de Zara y Jara.

Los causantes de la tragedia se dieron cuenta de la consecuencia de sus actos, y se estremecieron sus corazones ante el llanto de sus hijas.

Depuestas las armas, decidieron acercarse, después de tantos años alejados. No supieron qué decirse pues nunca se habían dicho nada. Callaron, y el dolor de sus hijas desgarró, sin armas, sus corazones. Avergonzados, las abrazaron y se miraron, comprendiendo que ya no podrían recuperar el tiempo perdido entre batallas. Temblaban ahora sus brazos de guerreros desarmados.

Cayó la tarde y encendieron una hoguera. El fuego alumbró la noche oscura sin luna ni estrellas. Jara y Zara, que habían envuelto el cuerpo del elanio azul en un pañuelo blanco, lo arrojaron a la hoguera y se consumió entre las llamas. Cuando el fuego se apagó, sólo quedaron las cenizas.

Ocurrió entonces el prodigio que dio origen a esta leyenda.

Estando padres e hijas contemplando el fuego extinto, se levantó con furia el viento elevando las cenizas y envolviendo con ellas a los presentes durante unos instantes. Ascendieron luego hacia el cielo y se formó una nube que descargó un aguacero de lluvia gris sobre la tierra. Los árboles, el agua, las flores, se cubrieron de cenizas. Al terminar el prodigio y quedar todo en calma, Jara y Zara vieron con asombro a sus padres arrodillados llorando lágrimas grises. Las cenizas habían cegado sus ojos.



Las cigüeñas blancas, repletos de ranas y culebrillas sus estómagos, se reunieron para emprender el regreso a África al término del verano. Esperaron en vano ver aparecer la garbosa silueta del elanio azul, que habría de volver con ellas. En su lugar, una pareja de cigüeñas que llegaron las últimas

les informaron de los tristes sucesos que habían acontecido cerca de donde criaron a sus cigojinos.

Una de ellas contó que dos niñas seguían reuniéndose en el lugar de la tragedia todas las mañanas, para recordar la breve historia del pájaro del color de la ceniza.

Se lamentaron las cigüeñas y crotorearon sus picos en señal de duelo. Al llegar a África contaron a los elanios azules, que esperaban en sus atalayas el regreso del enviado, todo lo que había sucedido. El viento cálido que vino con ellas a través del estrecho esparció cenizas en el suelo de África, y se diluyó así la esperanza de los elanios de una tierra fértil y hermosa.



La ceguera de los padres de Jara y Zara duró todo el otoño, y todo el invierno, y aun la primavera siguiente y el verano. Como habían dejado de luchar, sus armas se oxidaban en los sótanos de las fortalezas. El trigo crecía en las llanuras y engordaba el ganado en los campos, ahora mejor atendidos.

Disolvieron sus ejércitos y los soldados se marcharon por los caminos empedrados en busca de buenas oportunidades para rehacer sus vidas. Algunos de los que habían luchado entre sí, se encontraron en ventas de dudosa reputación o se cruzaron en algún puente sobre un río de aguas claras. Fue época de grandes amistades y las leyendas circulaban de boca en boca.

El padre de Jara comenzó a dar largos paseos entre los árboles de sus dominios, respirando el aire limpio que tan pocas veces había respirado. Se sentaba en lo alto de las peñas y anhelaba volver a ver de nuevo la luz del día. El padre de Zara recorría las almenas de su fortaleza mañana y tarde con la

esperanza de que algún rayo de sol iluminara otra vez sus ojos. Poco a poco sus corazones se fueron haciendo de carne y sólo cuando el odio se desvaneció de sus vidas, sanaron sus ojos y recobraron la vista, llorando de alegría lágrimas transparentes como sus renovados corazones.



A finales del verano, se reunieron junto a sus hijas en el puente donde ellas se habían hecho amigas. Se dieron la mano y les trajo el viento fragancias frescas de flores ya marchitas. Recordaron al pájaro de ceniza y quedaron sorprendidos al escuchar la voz de la carraca y absortos con el plumaje arco iris de los abejarucos. Desde aquel día, cesó para siempre el sonido de las armas y hubo paz y prosperidad en todo el territorio.



Los elanios azules de África se reunieron en el cielo y volaron en círculos en señal de duelo durante varios días. Decidieron que no volverían a cruzar el estrecho. No lo harían hasta que estuvieran seguros de que el paso del tiempo había hecho cambiar el pensamiento de los hombres que habitaban las tierras a las que llegó aquel primer enviado, aquel pájaro cuyas cenizas apagaron para siempre la llama de un odio irracional.

... Algunos siglos después, cuatro ornitólogos españoles descubrieron en Extremadura un nido de Elanio Azul que contenía cuatro huevos.

TÍTULOS PUBLICADOS
I Certamen 1996

Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso
"Negrocarbón y las siete gigantas"

Segundo Premio:

María José Guillén Rubio
"Avatar"

Tercer Premio:

Ramón Garrido García
"El árbol que sólo tenía una hoja"

Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito
"La odisea de las hormigas"

II Certamen 1997

Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito
"La hija del águila"

Segundo Premio:

José Antonio Palomo Molano
"Un tesoro en la Red"

Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodríguez
"Un arca de palabras"

III Certamen 1998

Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós
"Historias de otra tierra"

Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo
"...Sólo estrellas"

Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodríguez
"Aladina y la botella maravillosa"

IV Certamen 2000

Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza
"A Ignacio ya no le dan miedo los bichos"

Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez
"El viaje de los animales"